

Sobre cómo deben llamarse los personajes públicos



Tócala otra vez, Sam

LA sustitución de Donald Regan por Howard Baker en la jefatura del gabinete de Ronald Reagan, pone de actualidad el tema del nombre de los personajes públicos y, especialmente, en el caso de los políticos. Lo denuncié en su día, pero, como de costumbre, nadie me hizo menor caso. Ahora, sin embargo, no van a tener más remedio que darme la razón. Dije: 'Y con qué gusto me reafirmo en ello', que ponerle a un presidente llamado Ronald Reagan un primer ministro —pues a eso equivale ser jefe de su gabinete— que responda por Donald Regan, no se le ocurre ni al que asó la manteca, ni mucho menos al que vendió el coche para comprar gasolina.

corrientes, y están a la espera de que los llame el negro de la caja. (No olvidemos que estamos en Washington, donde hay un alto porcentaje de gente de color). Y habla, por fin, el de la caja: «Señor Regan, please». ¿Y qué ocurre? Pues que salen los dos pitando y, antes de alcanzar el mostrador, ¡plaf!, topetazo que se pegan el uno contra el otro. Consciente de la dificultad, el cajero, que no tiene un pelo de tonto, decide recurrir al name de pía. Y llama: «Don Onald, please». ¿Qué pasa ahora? Tres cuartos de lo mismo. Entradado el de la caja, ya que, entre pios y flautas, se le ha echado encima la hora del «lunch», se chiva al director de que allí hay dos tipos que han venido a

please». Y allá que sale el presidente Reagan, dispuesto a cobrar su cheque. Y lo mismo, luego, con López. Bueno, al final pasó que Donald Regan no pudo cobrar, pero fue ya por otro problema, es decir, que no tenía ni un centavo en la cuenta. (Tampoco hay que rasgarse las vestiduras por eso, siendo como es algo que todos los días nos sucede a todos). Cuando el director Wayne se dirigió al cajero para decirle, muy ufano, «¿ves cómo se resuelven los problemas?», pero se quedó con las ganas, pues el moreno estaba ya en la cafetería de la esquina, metiéndole mano al «lunch».

En España no es tan

